



La intemperie del analista

JOSÉ ASSANDRI¹

El ejercicio del comentario de un texto, si se pretende llegar a decir algo que tenga algún valor, implica acercarse y alejarse varias veces de lo que ha escrito alguien. Y si el lector vislumbra aquí alguna novedad, la autoría de estas líneas tendrá una importancia secundaria porque se habrá producido en el espacio generado por el texto comentado. La inquietud de Ricardo Bernardi por la formación, «enseñaje», transmisión, aprendizaje, enseñanza del psicoanálisis, de manera explícita o subterránea, es algo común a las escuelas y asociaciones en el campo freudiano. La cuestión es qué respuesta se le da a la problemática (explícita o subterránea). Esto obliga a no descuidar que, si se toma como punto de partida que enseñar psicoanálisis une dos de las tres profesiones imposibles, esta multiplicación exponencial obstaculiza soslayar que cualquier propuesta que se haga en el sentido de la formación en psicoanálisis tendrá esa doble marca de origen.

«La transmisión de la experiencia clínica y el papel de la teoría clínica en psicoanálisis» señala que es la clínica por donde va su apuesta. Al inicio del texto se encuentra una doble sorpresa. El acuerdo de Bernardi con Jacques Lacan podría ser la primera, mientras la segunda es que, apenas enunciado eso, se leen críticas a una postulada reinención del psicoanálisis por parte de Lacan que descarta el acuerdo. Si recordamos que si se quiere inventar la pólvora o reinventar la rueda, una cosa resulta en el ridículo y la otra no es más que un producto de marketing,

1 Miembro de la *École* Lacanienne de Psychanalyse. assas2@gmail.com

eso basta para hacer evidente que no es suficiente con tomar alguno de los sentidos de una palabra, sino que también importan los usos que tenga y los lugares en que ella aparece. Sacar una palabra del texto o del discurso en el que fue usada permite darle otro sentido que el que tuvo, y esto puede ser calificado como un artificio sofista. No quiere decir que restituir la palabra a su texto sea poner las cosas en su lugar, porque habrá que reconocer que cualquier comentario o crítica conlleva siempre algún tipo de artificio. Sin embargo, basta tomar el fragmento en el que Lacan (25 de junio de 1979/9 de julio de 2009) incluyó palabra *reinventar* para quedar obligados a dar las cartas de nuevo porque el reparto no se ha hecho de un buen modo: «Tal como ahora lo pienso, el psicoanálisis es intransmisible. Es muy molesto. Es muy molesto que cada psicoanalista esté obligado –puesto que es necesario que esté obligado a ello– a reinventar el psicoanálisis» (párr. 8).

Si reinventar aquí es algo más bien molesto y no es un divertimento o una ocurrencia ficcional, es porque se esperaría que la trasmisión fuera de un modo más simple. El saber del psicoanálisis no puede trasmitirse como en otros oficios en los que la formación teórica se complementa con prácticas, en un proceso de ida y vuelta que asegura el establecimiento de un saber. Para acceder al saber del psicoanálisis es necesaria una transformación subjetiva a partir de lo que se ha llamado análisis personal o didáctico. Y la primera dificultad es que la experiencia del análisis es tan intrasmisible como pretender explicarle a un niño lo que es un orgasmo o a un ermitaño asceta sobre los efectos de las drogas. Las palabras nunca podrán dar cuenta totalmente de eso por lo que se ha pasado, no por incapacidad de quien pretenda enseñarlo, sino porque solo tocan algo de lo que puede llegar a ser una experiencia.

Avanzando en otro sentido, si el psicoanálisis fuera una ciencia, debería ser posible la experimentación o establecer pruebas de falsación para comprobar su valor. Como no es el caso, la clínica se ha vuelto un fundamento de la práctica analítica. Qué se entiende por clínica y hasta dónde es válido hablar de ella en el psicoanálisis padecen de tantas dificultades de precisión como la transmisión. La clínica médica ha operado como un modelo en el entendido de que allí es soberana, pero, como todo modelo, nunca se podrá cumplir con lo que este demanda. Por otro lado,

en estos tiempos la clínica médica se ha diluido en una protocolización de enfermedades que muchas veces resulta un colador demasiado grueso, por donde se escapa todo aquello que no está normalizado como patología. Esto tiene estrecha correlación con que las especializaciones de la profesión de manera bastante frecuente han tenido como efecto extraviar la totalidad clínica de un paciente, y que los exámenes paraclínicos han adquirido un lugar clave que ha hecho, no siempre pero de modo bastante común, que no importe tanto lo que el paciente pueda llegar a decir². Esto marca diferencias con el psicoanálisis, en el que se podría reconocer a un analizante por *padecer activamente*.

Lo curioso es que Freud pensaba que él hacía ciencia. Él no hacía ciencia, estaba produciendo cierta práctica que puede ser caracterizada como la última flor de la medicina. Esta última flor encontró refugio aquí porque la medicina tenía tan numerosos medios de operar, enteramente repletos de antemano, reglados como por un pentagrama, que debía chocarse con el hecho de que había unos síntomas que no tenían nada que ver con el cuerpo, sino solamente con el hecho de que el ser humano está afligido, si puedo decir, por el lenguaje. (Lacan, 1975/s. f., p. 15)

Si el análisis fuera la última flor de la medicina, estas palabras de Lacan podrían haber tenido aspiraciones oraculares, porque sabemos que luego de la floración, termina un ciclo, si no la vida misma, de una planta. Importa recordar que Lacan, además de su práctica analítica, también realizó semanalmente presentaciones de enfermos, vale decir, sostuvo el ejercicio de una clínica psiquiátrica. Pero, en esa secuencia en la que podría cuestionarse el recurso a la ciencia y a la clínica al modo médico, corresponde plantearse la pregunta de cómo sería posible una teoría clínica. Ensayaremos problematizar este punto recurriendo a indicaciones clínicas, una forma de nombrar que atiende a señalar con el dedo, mostrar, pero no en el sentido de signos clínicos, sino más bien de síntomas, de lo

2 Todo esto sin hacer referencia al ChatGPT (y lo que vendrá después), que seguramente provocará aún más trastornos en la clínica.

que dice. Si bien estas indicaciones pueden tener interés para la práctica, no tienen como finalidad aplicarse a casos en particular, con el agregado de que abren a otras problemáticas.

«Clavreul entonces me dijo, ya no recuerdo por qué la conversación se centró en esto, que una demanda de control surge cuando el psicoanalista es tomado como objeto *petit a*» (Allouch, 1990/28 de marzo de 2024, p. 6).

Con este modo de transmitir, que alguien le dijo en una situación no muy clara (y en lenguaje lacaniano), Allouch tomó la cuestión de por qué alguien busca un control o una supervisión. ¿Qué es lo que está en juego? ¿Un saber insuficiente o un malestar provocado por la transferencia? Es a partir de esa indicación clínica que se podrá estar advertido de la posibilidad de que una demanda de supervisión o de control puede estar movida de acuerdo a las modalidades del saber o por efectos de transferencia. Dejemos en suspenso qué tendrá mayor valor, si haber recibido esta indicación como un consejo o haberlo «reinventado», pero cada quien que se introduzca en el psicoanálisis deberá pasar por esos laberintos, y con el tiempo olvidará cómo accedió a ese saber. Esto toca algo que también es parte de la historia. Para el control o la supervisión (¡«supervicio» fue el lapsus de alguien en una actividad pública!), a partir del Instituto Psicoanalítico de Berlín, se decantó históricamente en que el supervisor debía ser otro que el analista, dejando atrás la posición de la escuela húngara, que promovía que analista y supervisor fueran la misma persona. Esa toma de partido, además de suponer que el saber va por un lado diferente al análisis, pudo haber dejado en las sombras la incomodidad de ser objeto de transferencia. De allí surgen preguntas: ¿no correspondería calificar las supervisiones como una clínica en la que el propio analista sería el objeto?

Tomemos otra indicación clínica:

Pero lo que quiero señalar es que una muy mala interpretación puede tener un efecto analítico, por eso podemos decir que el analista no se equivoca nunca cuando hay un analizante. El analista dice algo inadecuado y el analizante lo ubica en el buen camino. Por eso cuando el analizante dice que el analista se equivocó en la interpretación, es que no está en posición

de analizante. Si estuviera en la posición de analizante se daría cuenta que es responsabilidad del analizante hacer funcionar lo que diga el analista. (Chamorro, 2020, p. 354)

El exceso de afirmar que «el analista no se equivoca nunca» proviene del lacanmillerismo porteño. Despojando de ese exceso, aquí se muestra que quien entra en un análisis no es alguien pasivo. Muchos analistas en algún momento habrán sabido, de labios de sus analizantes, que a algo que habrán dicho –palabras o gestos que fueron interpretados de manera impredecible– le atribuyen ser la causa de cambios radicales. Si lo que apuntaba a otro sitio o no apuntaba a nada dio en el blanco, es porque el analizante lo interpretó de ese modo. ¿De qué lado está el saber en un análisis? ¿Acaso importa más el saber teórico, la supuesta experiencia del analista? Hay un saber propio de cada sujeto, el que opera de modo inconsciente en los síntomas, los sueños, los lapsus, y será el dispositivo analítico y el saber hacer del analista lo que permitirá el acceso a ese saber.

Una tercera indicación clínica procede de un médico a un lego:

El médico a quien se le ha demandado asistir en el parto a la señora baronesa declara que el momento aún no es llegado, y propone al barón jugar entretanto una partida de naipes en la habitación vecina. Pasado un rato, la exclamación de dolor de la señora baronesa llega a oídos de ambos hombres: «*Ah, mon Dieu, que je souffre!*». El marido se incorpora de un salto, pero el médico hace un ademán de restarle importancia: «No es nada, sigamos jugando». Un rato después vuelve a escucharse a la parturienta: «*¡Dios mío, Dios mío, qué dolores!*». —«¿Quiere usted pasar, profesor?», pregunta el barón. —«No, no; todavía no es el momento». —Por último, se escucha desde la habitación contigua un inequívoco «*¡Ay-ay-ay ay!*»; entonces el médico arroja los naipes y dice: «Es el momento». (Freud, 1905/1991, p. 77)

Tal parece que a medida que la naturaleza va atravesando la educación, es posible saber cuándo es el momento adecuado. Valen algunas precisiones de lengua para este pasaje. La baronesa se expresó primero en francés: «*Ah, mon Dieu, ¡que je souffre!*», la lengua de la gente culta en su tiempo; luego lo hizo en el alemán corriente: «*¡Dios mío, Dios mío, qué dolores!*» («*Mein Gott,*

mein Gott, was für Schmerzen!»); para, finalmente, hacerlo en su lengua más íntima, el yiddish: «¡Ay-ay-ay ay!» («*Oy vay [is mir].*»)³. ¿Habrá alguna forma adecuada de enseñar a alguien cuándo es el momento justo para cada caso? Ese momento depende de una escucha que reconozca la lengua personal de alguien más allá de esas lenguas que hacen naciones, porque no alcanza con un saber obstétrico. Para esa escucha es imprescindible una posición que permita operar en ese tiempo que los griegos llamaron *kairos*, diferente al tiempo que, cronómetro en mano, controla el dios Cronos. Solo desde lo singular de alguien se podrá llegar a operar sin urgencia ni tardanza, en el momento oportuno. Antes será apurar algo que no está maduro; después, puede resultar demasiado tarde. Se podrá recordar aquí al viejo Sócrates, ese partero que ayudaba a dar a luz la verdad.

Posiblemente suene extraño recurrir a *El chiste y su relación con lo inconsciente* (Freud, 1905/1991) cuando se trata de la clínica. Debería recordarse que el mismo año que se publicó este libro, también se publicaron *Tres ensayos de teoría sexual* (1905/2013b) y *Fragmento de análisis de un caso de histeria* (1905 [1901]/2013a). Si Freud esperó al comienzo del siglo XX para publicar *La interpretación de los sueños* (1900 [1899]/2007a, 1900-1901/2007b) con la idea de abrir un nuevo tiempo, aunque no tuvo mucho éxito dado que al comienzo su libro fue vendido a duras penas, se hace evidente que tuvo una estrategia para las publicaciones. Que en 1905 publicara sus ensayos sobre la sexualidad en conjunto con un caso y el libro sobre el chiste compuso una forma integral de presentar su método y su teoría. Esto, aunque el texto sobre Dora lo había terminado en 1901 y, según Strachey, los *Tres ensayos...* comenzó a escribirlos el siglo anterior, desde su correspondencia con Wilhelm Fliess⁴. No solo interesa el caso ejemplar de Dora⁵ o las elaboraciones teóricas sobre la sexualidad para

3 Tomo en este punto indicaciones de Isabelle Châtellat.

4 Y según Ernst Jones, en una mesa Freud corrigió el manuscrito de *Tres ensayos...*, en otra el de *El chiste...*, iba de uno a otro.

5 La cuestión de los casos merece un estudio más profundo, comenzando por discutir la concepción del caso en el mundo anglosajón, para lo que resulta útil el libro de John Forrester *Thinking in cases* (2016). En segundo término, habría que tomar en cuenta las relecturas y objeciones a los casos de Freud surgidas en los últimos tiempos (Rieder y Voigt, 2004; Datchet, 2013; Leader, 2024; Allouch et al., 2019).

trasmitir algo de lo que es el análisis, tienen un valor esencial esas cualidades que puede mostrar el chiste como juegos de lenguaje y oportunidad.

En este punto el lector podría unir el fragmento citado de Freud con el que se citó antes de Lacan sobre el lenguaje para plantearse una pregunta: ¿no resulta extraño que en el artículo de Bernardi para nada se resalte la importancia que le dieron Freud y tantos otros a las disciplinas humanísticas, al arte, a la literatura, y sí aparezcan las llamadas *neurociencias*? ¿Acaso esas supuestas ciencias podrían contribuir a dar un fundamento más firme y unitario al análisis? Si fuera posible un fundamento de ese tipo, sería más fácil sostener el lugar de una práctica de la que se sospechará siempre porque se basa en el puro *blablablá* de aquellos que sufren los avatares y malentendidos de la existencia. Y tal vez no tendrían sentido esas pequeñas batallas locales provocadas por la moda de las teorías o la moda de oponerse a la moda de las teorías, como tampoco seríamos tan insistentes en que hay firmes fuentes de verdad para las ideas a las que nos sentimos afines. Si eso fuera posible, aun así, seguirá estando en otro plano muy distinto alguien como el *analizando* de Marcos Lijtenstein (1984), con su afán de «independizarse de Freud, su familia de origen» (p. 96) porque, entre otras cosas, habrá descubierto que no todas las posibilidades están escritas en los libros. Y obligado a escribir su propio «libro», se dará cuenta de que nunca pasará de ser un borrador para siempre inconcluso.

Si el arte del análisis es permitir el afloramiento del saber inconsciente que se halla en la base de las inhibiciones, los síntomas y la angustia de cada analizante, la transmisión no se reduce a que alguien tome lo que se postula teóricamente como importante. La mayor de las paradojas del análisis es la de adquirir un saber que necesariamente deberá ser puesto en suspenso para poder acoger cada caso en su singularidad. Para eso es necesario «independizarse de Freud», «reinventar» el psicoanálisis, «adquirir por sí mismo lo que se ha heredado para hacerlo propio» (Goethe, citado por Freud, 1912-1913, como aparece en Bernardi), formas de nombrar la transformación que cada uno debe hacer para devenir analista. Cabe señalar un matiz, porque si bien Lichtenstein nombra a esto «la soledad del psicoanalista», alguien podría disfrutar de sus encantos místicos o románticos. En el ejercicio clínico quedamos compelidos a algo más radical, la intemperie del psicoanalista. ♦

BIBLIOGRAFÍA

- Allouch, J. (28 de marzo de 2024). Introducción a una discusión sobre la fábrica de caso. *La Factoría*. <https://lafactoria.org/introduccion-a-una-discusion-sobre-la-fabrica-del-caso/> (Trabajo original publicado en 1990).
- Allouch, J., Assandri, J., Behetti, P., Nebril, M., Fernández Caraballo, A. F., Novas, M., Porge, E. y Villalba, A. (2019). *Con piel de lobo: Cien años de una neurosis infantil*. Escolios.
- Chamorro, J. (2020). *Un final inexorable*. Grama.
- Châtelliet, I. (2023). «Il est temps»: Du *kairos* dans l'analyse. *Dans Recherches en Psychanalyse*, 35-36, 327-335.
- Dachet, F. (2013). *¿La inocencia violada? Sobre el caso Hans de Freud*. El cuenco de plata.
- Forrester, J. (2016). *Thinking in cases*. Politic Press.
- Freud, S. (1991). El chiste y su relación con lo inconsciente. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 8). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905).
- Freud, S. (2007a). La interpretación de los sueños. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 4). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1900 [1899]).
- Freud, S. (2007b). La interpretación de los sueños. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 5). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1900-1901).
- Freud, S. (2013a). Fragmento de análisis de un caso de histeria. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 7, pp. 1-108). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905 [1901]).
- Freud, S. (2013b). Tres ensayos de teoría sexual. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 7, pp. 109-224). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905).
- Lacan, J. (s. f.). *Conferencias y charlas en las universidades norteamericanas*. <https://www.lacanterafreudiana.com.ar/2.5.1.26%20%20%20%20CONFERENCIAS%20Y%20CHARLAS%20EN%20UNIVERSIDADES%20NORTEAMERICANAS,%201975.pdf> (Trabajo original publicado en 1975).
- Lacan, J. (9 de julio de 2009). Conclusiones del 9° Congreso de la EFP: La transmisión. <https://elpsicoanalistalector.blogspot.com/2009/07/jacques-lacan-conclusiones-del-ix.html> (Trabajo original publicado el 25 de junio de 1979).
- Leader, D. (2024). *Releyendo el pequeño Hans*. Me cayó el veinte.
- Lijtenstein, M. (1984). La soledad del psicoanalista. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 62, 96-102.
- Rieder, I. y Voigt, D. (2004). *Sidonie Csillag: La «joven homosexual» de Freud*. El cuenco de plata.